



Tennessee Williams
LA MUTILADA



TENNESSEE WILLIAMS

LA MUTILADA

ESCENA I

El Hotel Silver Dollar de la calle South Rampart: en el antiguo Barrio Francés de Nueva Orleans. Ante el escritorio está sentado el empleado nocturno, BERNIE, en una silla giratoria que se inclina hacia atrás, permitiéndole apoyar los pies sobre el bajo mostrador. Está leyendo una revista de historietas. Si llama el conmutador, puede hacer una conexión con un levísimo cambio de posición. Hay una estrecha escalera externa de madera gris que llega a un rellano del piso superior. Por algún motivo, tal vez porque antes era una residencia privada de madera, este rellano da acceso a un solo cuarto. El cuarto así favorecido es el de TRINKET DUGAN. Cuando se alza el telón, oímos a los cantores de villancicos cantando los primeros versos.

CORO: Creo que los raros, los locos y extraños
 Obtendrán su festividad este año
 Y por un momento, un breve momento,
 Habrá piedad para todos los violentos.
 ¡Milagro, milagro!
 Un refugio para todos los violentos.
 Creo que los mutilados serán ahora
 Tocados por manos casi curadoras.
 Por la noche los agónicos sentirán
 Un alivio que casi llegará a ser real.
 ¡Milagro, milagro!
 Un alivio que casi llegará a ser real.
 La estrella constante de los errantes
 Iluminará el bosque donde caerán
 Y ellos, ellos verán y ellos oirán
 Una radiación, un llamado distante.
 ¡Milagro, milagro!
 Una visión y un llamado distante.
 Por fin alguien tal vez llegue a todos
 Y aunque pueda tal vez no quedarse,
 Tal vez se suavice el lugar donde esté.
 Tal vez se ablande el lugar do descanse.
 ¡Milagro, milagro!
 Tal vez cedan las piedras allí do descanse.

(Los cantores terminan y se dispersan. CELESTE y su hermano, HENRY, aparecen ante el hotel. CELESTE es una mujercita baja y rolliza con un amplio busto por el que siente un orgullo excesivo, que le hace llevar vestidos escotados noche y día. Tiene cabello castaño rojizo con flequillo y descubrió su chaqueta de pieles un día de suerte en el escaparate de una tienda de saldos. Le apasionan las prendas de raso porque se adhieren al cuerpo y atrapan la luz, y no

hay perlas lo bastante grandes para conformarla. Lleva una cartera muy grande para robar en las tiendas. Tiene cincuenta años; su carácter es indomable.)

CELESTE. — Entra conmigo, Henry.

HENRY. — No.

CELESTE. — Vamos, sólo un minuto. Quiero que conozcas al magnífico muchacho que atiende por la noche. *(Lo dice con una cordialidad ansiosa que es rechazada por su hermano-funebrero.)*

HENRY. — Mira. *(Ha extraído una libreta de notas y una lapicera Waterman que le regalaron para Navidad cuando era un niño de diez años.)* Voy a anotarte la dirección de la Panadería Rainbow y el nombre del hombre con el que debes hablar cuando vayas.

CELESTE. — ¡Oh, bien, hazlo, querido Henry! *(Aprieta el brazo rígido del hermano contra sí.)* ¡No hay muchacha que haya tenido un hermano más bueno que tú! ¿Lo sabías, Henry? ¿Lo mucho que lo aprecio?

HENRY. — Sé por experiencia lo mucho que servirá esto. Tienes tan poca idea de cómo ganarte la vida honestamente como sobre volar a la luna.

CELESTE. — Te voy a dar una sorpresa, Henry.

HENRY. — ¿Tienes ropa decente para ir a trabajar?

CELESTE. — La sangre es más espesa que el agua, ¿verdad, Henry?

HENRY. — No estoy hablando de la sangre. Te pregunté si tenías ropa adecuada para cuando vayas a la panadería el lunes siguiente a Año Nuevo.

CELESTE. — Sé dónde puedo conseguir unos lindos vestiditos de entrecasa a menos de cinco dólares cada uno, y te pagaré al cobrar mi primera semana de salario, Henry.

HENRY. — ¿Me crees tan idiota como para adelantarte dinero para vestidos de entrecasa cuando en este mismo instante estás mirando por sobre mi hombro el bar de la esquina? Ahora mete la dirección en esa maleta que llevas de cartera. ¡Carajo! El tamaño de esa vieja cartera te denunciaría como ladrona de tiendas aunque todos los negocios de la ciudad no supieran ya que lo eres. *(Le tiende la dirección de la panadería.)*

CELESTE. — No tengo mis "cuatrojos". ¿Qué dice?

HENRY. — Dice Carondelet 820. Queda en una esquina, en Carondelet y Dauphine.

CELESTE. — Panadería Rainbow, Carondelet y Dauphine, temprano y despejada, el primer lunes siguiente a Año Nuevo. ¡Dios te bendiga, Henry, terroncito de azúcar!

HENRY. — Veré si el cocinero tiene algún uniforme blanco viejo para ti. Supongo que en una panadería tienes que vestir de blanco. Bueno... Ah, ¿qué nombre le daré a este hombre cuando le telefonee avisándole que irás?

CELESTE. — ¡Qué nombre, caramba, pues mi propio nombre, desde luego: Celeste Delacroix Griffin! No me avergüenza trabajar en una panadería, Henry, no tengo falso orgullo en ese sentido.

HENRY. — No tienes orgullo verdadero ni falso en ningún sentido. No es ése el asunto. El asunto es que no quiero que sigas usando mi apellido. Ni allí ni en ninguna parte. Tengo hijos que crecen aquí. No quiero que uses nuestro apellido. Así que dame un nombre inventado para darle al señor Noonan.

CELESTE. — ¡Oh! Bueno, dale el nombre... Agnes Jones...

HENRY. — Perfecto. Agnes Jones. *(Parte bruscamente, luego se detiene antes de salir y le grita.)* ¡También le diré al señor Noonan que retenga diez dólares por semana de tu salario para mí, hasta que recobre todo lo que me costó sacarte de la jaula!

CELESTE *(gritándole)*. — ¿Nos vemos mañana para la cena de Navidad, Henry?

HENRY. — ¡No quiero volver a verte en mi vida, así que consíguete una cena de Navidad con otro!

CELESTE. — Henry, no lo dices en serio.

HENRY (*gritando desde cierta distancia*). — ¡Sí, en serio!

CELESTE. — Sí, en serio. Sí, supongo que es en serio. (*Gime un viento frío: CELESTE se lleva las manos al pecho, cruzando los brazos.*) Bueno, el año pasado en esta época, vísperas de Navidad, Trinket Dugan y yo estábamos arriba, en su dormitorio. (*Ante estas palabras, se ilumina tenuemente el dormitorio de TRINKET DUGAN y vemos a TRINKET en quimono japonés, de color rosa pálido, sentada en el borde de una camita de hierro blanca, descascarada, sosteniendo un cuaderno escolar en la falda, mordisqueando un lápiz, a punto de hacer una anotación en su diario íntimo. El gramófono suena muy suave junto a la cama. Sobre una mesita hay un porrón de cuatro litros de California Tokay: el vino atrapa la luz con un resplandor delicado, como de joya.*)

TRINKET (*en voz alta*). — ¡Querido diario! ¡Querido diario! No tengo nada que decir... (*Cierra el cuaderno con un suspiro y se sirve una copa de tokay.*)

CELESTE. — En este mismo instante ella está arriba y jugaría cinco dólares contra cincuenta, si tuviera cinco, a que tiene un porrón de cuatro litros de California Tokay. Es una borrachina terrible: puede pagarse gin, toma vino... Bueno. Es rica y egoísta. Orgullosa de su billetera. Pero mutilada, oh, sí, ja ja, es una mujer mutilada. Lo sé, soy la única que lo sabe. Ése es mi as en la manga. Ahora voy a subir por esta escalera lateral y ofrecerle la pipa de la paz, decirle que en vísperas del nacimiento de Cristo hasta un par de putas viejas como Trinket y Celeste deberían enterrar el hacha de guerra; olvidar las heridas que cada una le ha hecho a la otra, y brindar por el nacimiento del Niño en el Pesebre con un dulce vino dorado, con tokay... (*Se oyen marineros borrachos que cantan.*) ¡Un momentito! Los negocios antes que el placer. (*Pasan BRUNO y SLIM: ella se abre el sarnoso abrigo de piel para exhibir el busto pero pasan a su lado, cantando, como si CELESTE fuera invisible aunque ocupa casi toda la acera.*) ¡Borrachos hasta la ceguera! De lo contrario habrían reparado en mi busto. Demonios, hasta el sargento del escritorio donde firmé al salir de la leonera le echó un buen vistazo a mi busto, no dejé de notarlos. Bueno, tengo la gran suerte de contar con pechos firmes cuándo muchas mujeres que pasan de los cuarenta o incluso de los treinta tienen tetas como un par de muías con la cabeza colgando sobre el listón de una cerca. (*Comienza a subir por la escalera externa pero la vuelve a distraer un ruido de la calle.*)

VOZ. — ¡La Muchacha-Pájaro, vean a la Muchacha-Pájaro, cincuenta centavos, cinco monedas para ver a la Muchacha-Pájaro!

CELESTE. — Oh-oh, oh-oh, Maxie y la Muchacha-Pájaro. (*Suelta una risita maligna.*) ¡Puedo desquitarme si juego bien mis cartas, él va a juntar una multitud en esta misma esquina, ah-jaja!

VOZ (*estridente, acercándose*). — ¡Vean a la Muchacha-Pájaro, dos monedas para ver a la Muchacha-Pájaro!

CELESTE. — ¡Oh-oh! ¡Bajó el precio! (*Un hombre gordo, MAXIE, aparece ante el hotel con una acompañante embozada y encapuchada que se mueve con paso arrastrado, como de paloma.*)

¡Hola, Maxie! ¡Feliz Navidad, Muchacha-Pájaro!

MAXIE (*rencorosamente, a CELESTE*). — ¡Piérdete, atorranta! ¡Vean a la Muchacha-Pájaro, dos monedas para ver a la Muchacha-Pájaro al descubierto, sin máscara, la curiosidad más grande del mundo! (*Unos pocos transeúntes se detienen en la acera. Un borracho sale tambaleante del hotel Silver Dollar, buscando una moneda de veinticinco en el bolsillo.*)

CELESTE (*al ver que el borracho está interesado*). — Baah, ésa no es una Muchacha-Pájaro, la conozco personalmente. Es Rosa de la calle Rampart con plumas de pollo pegadas con cola. Es